



Reseña Bibliográfica

Luís Bolín y el turismo en España entre 1928 y 1952

Larrinaga, C. (ed.). Marcial Pons. Madrid. 224 pp.

ISBN 978-84-1381-108-5

José Ramón Valero Escandell , Universidad de Alicante, España
jose.valero@ua.es

El libro analiza el turismo español entre 1928 y 1952 utilizando como hilo conductor la figura de Luís Bolín, político franquista que asumió cargos de responsabilidad creciente a lo largo de aquellos años, comprendidos entre la puesta en marcha del Patronato Nacional de Turismo (PNT), donde asumió la gestión en la zona sur del país, hasta sus años al frente de la Dirección General de Turismo, sin olvidar su papel durante la Guerra Civil en la que impulsó el Servicio Nacional de Turismo del bando franquista y las novedosas rutas de guerra. No se trata esencialmente de un libro de carácter biográfico, aunque también refleja bastantes detalles de su vida, y tampoco tiene por objeto analizar el papel activo que desempeñó en otros aspectos esenciales de nuestra historia, como su participación destacada en el traslado de Franco desde Canarias a Marruecos gestionando la llegada a Canarias del Dragón Rapide.

Un grupo de profesores universitarios especialistas en la investigación de nuestra historia del turismo, coordinados por Carlos Larrinaga –profesor de Teoría e Historia Económica de la Universidad de Granada- que ejerce de editor, ha publicado el libro como parte de un proyecto de investigación sobre el turismo durante la Guerra Civil y el primer franquismo. Han sabido plasmar buena parte de sus resultados en este libro coral que, sin embargo, no cae en el frecuente error de incluir miscelánea más o menos relacionada entre sí. Todo lo contrario: el conjunto de la obra aborda como un todo la evolución de la intervención estatal en el desarrollo del turismo a través de las instituciones responsables – del PNT al Servicio Nacional y de éste a la Dirección General- complementando la visión entrelazada de las instituciones sucesivas con cuestiones adyacentes, y pertinentes, como la creación de la marca España –ligada a los planteamientos ideológicos del momento–, el análisis de un marco particular, el de la provincia de Barcelona, el más evolucionado del país en varios aspectos, y con el resultado espacial ligado a estas políticas, es decir, un conjunto constructivo –paradores, hospederías, albergues...–, que trató de afrontar en unos tiempos oscuros el paso desde el aldabonazo que representaron las exposiciones de 1929 hasta el tímido desarrollo inicial del turismo masivo, muy claramente enfocado hacia las áreas de sol y playa del Mediterráneo y Canarias.

Luis Bolín, muy poco conocido por el ciudadano medio y no demasiado en ámbitos académicos, ni siquiera aparece en el Diccionario Biográfico Español como denuncia el

profesor Larrinaga, ha servido a este grupo de profesores como hilo conductor de un estudio que nos permite adentrarnos en un periodo escasamente vinculado con la *industria de los visitantes*, aunque en él se fueron fraguando aspectos notables de nuestro desarrollo turístico, tanto en sus luces –por ejemplo, la difusión cartelística de la imagen de España, que recibió un fuerte espaldarazo a finales de los años veinte- como en sus sombras, como los desastres paisajísticos realizados a mayor gloria de la ganancia fácil.

El libro está estructurado en seis capítulos, escritos casi siempre de forma individual, salvo en un caso, por especialistas en cada cuestión. En el primero, sobre “La dinámica de Luís A. Bolín en el Patronato Nacional de Turismo (1928-1931), Promoción turística e inmobiliaria”, María José Rodríguez Pérez se ocupa detalladamente de cómo Bolín organizó la quinta región administrativa del Patronato, la Sur, que incluía a Andalucía, Canarias y el Protectorado, sirviéndose de abundantes cuadros estadísticos donde explica con claridad cómo se distribuía la organización territorial de la zona, un complejo entramado burocrático que en algunos puntos tal vez fuese innecesario ante el escaso número de viajeros que accedía a ellos; Rodríguez Pérez nos permite observar un modelo de organización que previsiblemente se repitiese con ligeras variaciones en otras áreas. Además, describe la labor propagandística y de difusión en un momento y lugar punteros en nuestra promoción turística –la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929-, la construcción de numerosas infraestructuras de iniciativa pública en la zona (albergues, hoteles, campo de golf...) y los sucesivos recortes presupuestarios que fueron reduciendo la optimista e incluso dispendiosa iniciativa que fue en su origen el PNT hasta concluir con la remodelación profunda tras la llegada de la República y la salida de Bolín –temporal, sólo hasta 1936- de los estamentos turísticos oficiales.

En “Luís Bolín, jefe del Servicio Nacional de Turismo”, Carlos Larrinaga, editor de la publicación, aborda el momento de lo que el propio Bolín denominaría *Los años vitales* en una publicación de 1967, destacando su carácter marcadamente combativo contra el régimen republicano, que le llevaría a participar en el asociacionismo monárquico en Londres, en el golpe militar y en misiones directamente vinculadas a Franco, que le acabó designando para dirigir la incipiente organización turística del bando nacional, en la que destacó por la puesta en marcha de las llamadas rutas de guerra, unos recorridos por los escenarios del Frente Norte, ligados a la consecución de divisas pero especialmente a generar una opinión favorable entre determinados sectores conservadores europeos. Larrinaga se centra básicamente en las tres grandes cuestiones ligadas a Bolín durante la guerra: la descripción de las gestiones para conseguir el Dragon Rapide y llegar con él hasta Canarias; su nombramiento como jefe del SNT y la creación y desarrollo de su más original iniciativa, las rutas de guerra, centradas en las áreas del Norte peninsular, con entrada en Irún –desde Francia- y Tui –desde Portugal-, pero también proyectadas para otros lugares, aunque sólo se inauguró la de Andalucía al final de la contienda. Larrinaga reconoce la originalidad de la iniciativa, aunque también supone que los beneficios de la misma debieron de ser muy diferentes a aquellos de los que presumía Bolín – ante todo, propagandista, no lo olvidemos-, pues sólo se transportaron algo más de ocho mil pasajeros. Por otra parte, como muestra en uno de los cuadros estadísticos, las cuentas facilitadas por Bolín, con beneficios positivos, son muy cuestionables, si pensamos en la necesaria inversión inicial requerida.

De los primeros años de posguerra se han ocupado los profesores Carmelo Pellejero y Marta Luque en “La Dirección General de Turismo, 1939-1952”, reflejando un periodo donde no era fácil el viaje, ni en España ni en el conjunto europeo, y donde las carencias económicas tanto a nivel presupuestario como en todos los aspectos de la vida nacional no ayudaba a

dedicarle al turismo los esfuerzos necesarios para convertirlo en un sector económico esencial. Las necesidades forzaban a intentar desesperadamente la captación de unas divisas imprescindibles para adquirir lo necesario para el país, que era casi todo, y especialmente en los últimos años del periodo estudiado consiguió sus frutos, más por la recuperación de la paz en Europa y la mejora del nivel de vida ligada a la reconstrucción y la recuperación económica que por los propios logros del régimen, que trató en todo momento de intervenir en cualquier cuestión ligada al fomento del turismo, desde la hostelería a las agencias de viaje o la publicidad, sin olvidar otras, como la transformación de las rutas de guerra en rutas nacionales -frenada por la escasez de turistas en los años de guerra mundial-, la fundación de empresas públicas como ATESA o la creación de paradores en lugares con insuficiente estructura hotelera.

Beatriz Correyero en el capítulo “Luis Antonio Bolín y la creación de la marca país España durante la posguerra. El turismo al servicio de los intereses del estado” aborda la cuestión desde perspectivas interesantes como la creación de una conciencia turística en áreas interiores tradicionalmente ajenas a las visitas de placer; la creación de revistas dirigidas a la hostelería y el turismo, como *Hospes*, *Hostal* –ambas muy ligadas al poderoso entorno sindicalista vertical- o el *Boletín de Información de la Dirección General de Turismo*, todas ellas vinculadas a las organizaciones que Bolín presidía; finalmente, el desarrollo de la propaganda turística internacional, que además de potenciar y difundir los recursos turísticos del país también trataba de convertirla en una herramienta de ayuda a un régimen internacionalmente aislado: el nombre de una de sus principales publicaciones, la *Apología Turística de España*, de Rafael Calleja, de 1943, es plenamente expresivo de dicha concepción. Correyero describe la principal obra propagandística, centrada en los lugares donde se había construido infraestructura oficial, en hitos simbólicos del concepto franquista de la imagen nacional y en lugares ligados al turismo cultural más que a los de sol y playa –aunque también los hubo, claro- que finalmente fueron aquellos que, en una época ligeramente posterior a Bolín, lograron situarnos en el mapa turístico internacional.

En el capítulo “Gobernar el turismo: estructura político-administrativa en Barcelona antes y después de la Guerra Civil”, Saida Palou relaciona la gestión turística pública de la provincia entre las dos dictaduras –la de Primo y la de Franco, pasando por el periodo republicano- y un factor clave: la relación entre las entidades estatales –PNT y Dirección General de Turismo, tanto la republicana como la de posguerra- y las de ámbito catalán, desde la Sociedad de Atracción de Forasteros, a la Junta Provincial de Turismo, pasando por el Patronat de Turisme de Catalunya, la primera entidad de carácter plenamente autonómico en toda España. La autora, que se extiende más allá del periodo *boliniano*, plasma con claridad cómo el turismo fue un aparato político al servicio de gobiernos e ideologías: de instrumento de identidad, de legitimación en la contienda o de control y dominación, según los momentos (Monarquía, Guerra Civil, franquismo). En suma, las instituciones ofrecieron una clara versión sesgada del destino que resultase compatible con los principios ideológicos de cada momento. La autora, como ella misma concluye, muestra cómo la administración turística supo proyectar cambios y continuidades en medio de un periodo convulso y un lugar claramente singular en muchos aspectos, también en la acogida de visitantes.

Carmen Gil de Arriba dedica el último capítulo del libro a las “Geografías turísticas del primer franquismo”, que aborda la construcción y reparación de infraestructuras turísticas de la década de posguerra tanto desde la perspectiva geográfica como desde la histórica, esta última en dos vertientes: la relativa al propio Bolín, que explica algunos factores del impulso

desigual a determinados lugares específicos, y la del régimen franquista, que utilizó aquellas para su política de imagen exterior. Al mismo tiempo, las construcciones colaboraron a un imaginario nacional ligado a la propia concepción franquista de la Nación y del Estado, una concepción de la que Bolín fue ferviente servidor hasta el final de su vida. Es interesante leer cómo la autora liga la nueva obra constructiva a esta función: la canaria Cruz de Tejada, ligada a la *gesta* de Franco, las construcciones en Málaga, vinculada a los orígenes del político, la hospedería en la Alhambra, vivo símbolo de la conquista, o el parador de Santillana, una iniciativa inicialmente ligada a uno de los grandes representantes de la burguesía conservadora catalana, Güell. El texto no sólo habla de ello, sino que lo ilustra con interesantes imágenes. Recurre al análisis de la *Apología Turística* de Calleja y la relaciona con otras muchas iniciativas paralelas. La última frase, aquella que afirma que “(...) *los elementos culturales, históricos, arquitectónicos y paisajísticos fueron utilizados para ensalzar el sistema sociopolítico de la dictadura*”, podría valer como extracto del libro.

En resumen, un libro bien estructurado, muy centrado en sus eje personal, espacial y cronológico, a pesar de la multiplicidad de autores, y editado como una obra perfectamente sistematizada. Cuenta con una cuidada bibliografía, aunque tal vez hubiese sido más ágil agruparla al final, para evitar duplicaciones y darle una mayor apariencia unitaria, pero esto es seguramente una opinión muy personal y creo que no demasiado compartida. Muy bien arropada por suficientes cuadros estadísticos, gráficos, mapas y fotografías, que nunca se apartan del argumento marcado por los textos. Carlos Larrinaga, que resuelve perfectamente su misión de editor, y el resto de los miembros del proyecto investigador que ha alumbrado el libro que reseñamos ya contaban con un amplio historial de estudios sobre la materia, que forman parte esencial de los estudios turísticos sobre España. El que ahora nos presentan, estructurado en torno a los años en que Luís Botín participó y/o dirigió de forma personalista la administración turística del Estado, radiografía una época difícil, de grandes sobresaltos históricos. Estuvo enmarcada entre la ilusión inicial de las grandes exposiciones de Sevilla y Barcelona de 1929, con las que se trataba de presentar en sociedad a la España moderna, de la que el turismo debía ser una parte esencial de la imagen proyectada, hasta los tiempos duros de una España terrible, más negra que gris, inmersa en una guerra civil y una dura posguerra. Pese a todo ello, los autores han sabido mostrar cómo en estos tiempos difíciles se pueden descubrir algunas raíces de la eclosión turística posterior, ligada al sol y playa, y algunos de sus éxitos e insuficiencias. Han sabido hacerlo además a través de un personaje clave pero poco conocido, Luis Bolín, que les ha servido de referente y encuadre cronológico. Un libro muy necesario para entender el turismo español del convulso segundo cuarto del siglo XX y su proyección posterior.